

VOSOTROS SOIS MIS AMIGOS

Misa Crismal, Catedral Metropolitana de Badajoz, 15 de abril 2025

Mis queridos hermanos sacerdotes, Sr. Vicario general, Sr. Vicario de Evangelización, Vicarios episcopales, Arciprestes, Diáconos, Consagrados, Fieles todos: ¡*El Señor os dé la paz!*

En este hermoso día, nuestro día, queridos sacerdotes, os abrazo a todos con afecto y gratitud; con mucha gratitud, por todo lo que sois y por todo lo que hacéis. Sabed que en mi corazón sacerdotal todos estáis muy presentes. Todos los días rezo por vosotros, particularmente por los que completan en su cuerpo, en sentido paulino, lo que falta a la pasión de Jesús (cf. *Col, 1, 24*) por estar atravesando momentos delicados, tanto físicos como espirituales. No os olvidéis de rezar también por mí, para que sea un “pastor con olor a oveja”, un pastor cercano a este pueblo que el Señor me dio en heredad, y particularmente a vosotros, sacerdotes y diáconos.

Me gusta decir que sois “mis” sacerdotes, mi “corona”, mi familia alargada. Os siento “míos” no en sentido posesivo, sino porque os siento parte de mí. Sentidme también a mí parte de vosotros, así será una relación de mutua pertenencia y cariño. Y cuando hablo de vosotros, más allá de los límites propios de todos los *hijos de Adán*, siento admiración y orgullo; admiración y orgullo que va creciendo a medida en que os voy conociendo más. Y cuando hablo de “mis” curas no solo pienso en los que estáis en activo. Pienso también a los jubilados y a todos aquellos que, especialmente desde que estoy en medio de vosotros, han pasado a la casa del Padre. Por ellos también rezo todos los días.

A todos los fieles de la Archidiócesis os pido que améis a vuestros pastores. Ellos son los que os cuidan y os acompañan espiritualmente. Ellos son los que os administran los sacramentos: ellos os introducen en la Iglesia con el bautismo, os sirven la Palabra, parten para vosotros el pan de la Eucaristía, y son los instrumentos del perdón del Señor a través del sacramento de la Reconciliación. Sé muy bien que no todos respondemos como debiéramos a las exigencias de nuestra vocación, pero que el árbol caído no os impida ver la belleza del bosque que crece calladamente. Que los fallos de un sacerdote no os impida valorar convenientemente la fidelidad callada y sacrificada de la mayoría de ellos. Por otra parte el cansancio y el desánimo forman parte de nuestra condición humana. Los sacerdotes no somos héroes, somos hombres que *llevamos un tesoro en vasijas de barro* (cf. *2Cor 4, 7*). Rezad por los sacerdotes, también por mí, sacerdote como ellos, para que la vasija no se rompa, y rezad por las vocaciones al sacerdocio, rezad insistentemente para que el Señor envíe obreros a su mies, a nuestra Iglesia particular de Mérida-Badajoz.

“Todos en la sinagoga tenían los ojos fijos en Él” (*Lc 4, 20*). Es fácil imaginar la escena: Todos los ojos pendientes de lo que salía de los labios de Jesús, pero, al mismo tiempo sabemos cómo terminaría todo: sus compaisanos “se enfurecieron” (*Lc 4, 28*) y lo echaron fuera de la ciudad. Sus ojos habían estado fijos en Jesús, pero sus corazones no estaban dispuestos a cambiar acogiendo su palabra. De ese modo, perdieron la oportunidad de sus vidas.

Hoy renovamos nuestras promesas sacerdotales. Una oportunidad más que nos ofrece el Señor para llamarnos nuevamente a su seguimiento. José, Juan, Antonio, Manuel...nos dice Jesús: *sígueme*. Nos lo dice suavemente, pero esperando una respuesta positiva. Por eso hoy es también una nueva oportunidad para que cada uno de nosotros le renovemos nuestro sí, con todo lo que ello comporta y conscientes que sin Él nada podemos (.....). No

perdamos esta oportunidad como lo hicieron los habitantes de Nazaret. Si hemos fallado, dejémonos punzar en el corazón, como se dejó punzar Pedro el suyo, y él, Jesús, curará nuestro corazón, como curó el de Pedro: Y, entonces, el “no te conozco”, pasará a ser “Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo” (Jn 21, 17).

Y si, como decía san Juan Crisóstomo, que *una sola lágrima es capaz de apagar un brasero de culpas* (cf. *De paenitentia*, VII, 5), no dudemos que, si como el Hijo Pródigo volvemos a él (cf. *Lc 15, 11ss*), él nos estará esperando para perdonarnos *todo, todo, todo*, como nos recuerda el Papa Francisco. Como escuchamos en la primera lectura, el Señor ha sellado un pacto eterno con nosotros (*Is 61, 8*), y aunque nosotros seamos infieles a ese pacto, “Él permanece fiel” (*2Tim 2, 13*). Recordemos que él ha venido “a vendar los corazones afligidos” (*Is 61, 1*) y que Él, como Buen Pastor, deja las noventa y nueve ovejas en el redil para salir en busca de la oveja perdida (cf. *Lc 15, 4-7*). Si hemos fallado redescubramos la grandeza de Dios en nuestra baja de pecadores para mirarnos dentro y dejarnos atravesar por su mirada, como en el caso de Pedro y llorar amargamente nuestro pecado (cf. *Lc 22, 62*) y decir, una y mil veces como el ciego de nacimiento: “Jesús Hijo de Dios, ten piedad de mí” (*Lc 18, 38*), o como dice el salmista: “Lava del todo mi delito, Señor, y limpia mi pecado” (*Sal 50*). Y si, por sola su gracia no hemos fallado, vigilemos para no caer (cf. *1Cor 10, 12*). Unos y otros, quienes han caído y quienes se mantienen en pie, no dejemos de repetir, como nos enseña la Iglesia al inicio de cada hora de la Liturgia de las Horas: *Dios mío ven en mí auxilio*, y tengamos siempre presente, queridos hermanos sacerdotes y diáconos, que la oración es remedio para unos y medicina preventiva para otros: “Orad para no caer en la tentación” (*Mt 26, 41-46*). Una oración que no sea de compromiso y funcional, sino gratuita, serena y prolongada. Hermano sacerdote, hermano diácono, permíteme que te pregunte: ¿Cómo está tu oración? Si fuera necesario, volvamos a la oración de adoración, volvamos a la oración del corazón. Y recuerda: ¿Te sientes cansado o tal vez decepcionado? Ora y trae a tu corazón el imperativo del Señor a Elías en momentos muy delicados para él: “Levántate, come y echa a andar, pues demasiado largo es el camino para ti” (*1R 19, 7*). Es el modo cómo el Señor nos cura del cansancio y de la decepción.

“Yo no os llamo siervos, sino amigos” (*Jn 15, 15*). Queridos sacerdotes, queridos diáconos: sintamos esas palabras de Jesús como algo muy personal. Él me llama amigo: a ti y a mí, con mi historia. Él me acoge en el círculo de sus íntimos. Es más, él quiere que con su “yo” pronuncie sus palabras: “Yo te perdono”, “Tomad y comed, tomad y bebed, este es mi cuerpo, esta es mi sangre”. Unas palabras que son más que palabras. Ya no os llamo siervos, sino amigos”. Él se fía de mí. Él entra en comunión plena conmigo. Él se abandona a mí. ¿Nos damos cuenta de lo que todo esto significa? ¡Qué hermoso!: somos amigos del Señor. Podemos hablar con él “cara a cara”, como un amigo habla con otro amigo (cf. *Ex 33, 11-13*). Él es el amigo que nunca falla. Siempre estará a nuestro lado, incluso cuando en nuestras vidas pueda faltar el “vino”, el vino de la alegría y del amor. Allí está él para convertir nuestra agua en vino (cf. *Jn 2, 1ss*). No entristezcamos el corazón de nuestro amigo con una vida que no sea digna de tan alto ministerio.

En nuestra vida no caminamos solos: *el Espíritu del Señor está sobre nosotros, porque hemos sido ungidos por él* (cf. *Lc 4, 18*). Ese mismo Espíritu que nos ha ungido, hoy nos envía de nuevo a “proclamar la Buena Nueva, a los pobres, la liberación a los cautivos, devolver la vista a los ciegos... y proclamar un año de gracia del Señor” (*Lc 4, 18-19*). Hoy se renueva este envío. Pongámonos en camino como fraternidad sacerdotal, pongámonos en camino con todos los sacerdotes mis hermanos, pongámonos en camino con todo el pueblo santo de Dios.

Queridos sacerdotes, que el Señor sea nuestro consuelo, nos confirme en nuestra vocación y misión y nos recompense con la vida eterna Gracias. *Fiat, fiat, amen, amen.*